



TAIPI

Herman Melville

Célebre libro de aventuras en los mares del Sur, de Herman Melville, publicado en Nueva York, en 1846, con el subtítulo: «Una mirada a la vida polinesia durante una estancia de cuatro meses en un valle de las islas Marquesas, con noticias sobre la ocupación francesa de Tahití». El viaje, que tres o cuatro años más tarde describió en *Taipi* (originalmente *Typee*) y en su continuación *Omoo*, lo hizo Melville en 1842. Se alistó como marinero a bordo de la «Dolly», que, tras unos meses de ir a la caza de cachalotes, arribó a Nuku Hiva, en el archipiélago de las Marquesas. Melville pudo asistir a los primeros contactos entre la civilización europea y la vida indígena, que gradualmente llevaron a la destrucción casi total de esta última, a través del alcoholismo y las enfermedades de los blancos. Así *Taipi*, como *Omoo*, cuenta, en resumen, la desaparición de un paraíso terrenal donde, el autor, cansado de las molestias sufridas a bordo de la «Dolly», encontró refugio.

CAPÍTULO UNO

*El mar — Los anhelos de desembarcar —
Un barco añorando tierra — El destino de los
navegantes — Las Marquesas — Aventura de
la esposa de un misionero entre los salvajes
— Anécdota característica de la reina de
Nukujiva.*

¡Seis meses en el mar! Sí lector, como lo oye, seis meses sin ver tierra; navegando a la caza de la ballena bajo el ardiente sol del Ecuador y sacudidos por las olas del encrespado Pacífico... Encima, el cielo; alrededor, el mar ¡y nada más! Semanas y semanas han pasado desde que se agotaron nuestras provisiones frescas. No queda ni una batata ni un solo ñame. ¡Ay! Aquellos enormes racimos de plátano que una vez adornaron la popa y el alcázar han desaparecido; y las deliciosas naranjas que colgaban de las plataformas y los estays... ¡también desaparecieron! Sí, todo se agotó y sólo queda carne salada y galletas duras. ¡Ah, ustedes, marineros de camarote!, que arman tal alboroto por un pasaje de dos semanas a través del Atlántico; que con tal patetismo narran las dificultades y penurias que se sufren en el océano, donde, después de una jornada de desayuno, comida y cena opulentos conversando, jugando naipes y bebiendo vino espumante, su triste destino es encerrarse en camarotes de roble y caoba a dormir diez horas seguidas sin algo que los perturbe, a no ser «esos inútiles marineros

vociferando y holgazaneando allá arriba»... ¿Qué dirían ustedes de estos seis meses sin siquiera ver tierra?

¡Oh, cuánto diera por la refrescante mirada a una simple brizna de hierba... por saborear el aroma de un puñado de tierra! ¿No habrá algo fresco cerca? ¿No hay algo verde que admirar? Sí, el interior de la borda está pintado de verde, pero de un tono horrible y pálido, como si nada que ostente siquiera la apariencia del verde pudiera florecer tan lejos de tierra. Hasta la corteza de la madera que ahora usamos como leña fue roída y devorada por un cerdito del capitán; y de eso también hace tanto tiempo que el propio cerdito fue devorado.

En el gallinero queda un único inquilino: el otrora alegre y apuesto gallo, de intrépida conducta entre las tímidas gallinas. Mírenlo ahora; hélo ahí, todo el día abatido, sobre su incansable pata. Se aparta con repugnancia del grano enmohecido que tiene delante y del agua salobre de su cuenco. Sin duda sufre por la pérdida de sus compañeras, literalmente arrebatadas a él unas tras otra para no verlas jamás. Pero sus días de sufrimiento están contados, pues Mungo, nuestro negro cocinero, me dijo la víspera que al fin se había dictado sentencia y la suerte del pobre «Pedro» estaba echada. Su menguado cuerpo se pondría sobre la mesa el próximo domingo y mucho antes del anochecer sería sepultado con todas las ceremonias acostumbradas, dentro del estómago del capitán. ¿Quién pudiera creer que exista alguien tan cruel como para desear la muerte del infortunado Pedro? Sin embargo, nuestros marineros ruegan a cada momento —¡egoístas!— para que a la miserable ave le llegue su fin. Argumentan que el capitán no pondrá proa a puerto hasta disfrutar antes de un plato de carne fresca. Sólo esta infeliz ave puede proporcionarla; y una vez devorada, el capitán entrará en razón. No os deseo daño, Pedro, mas como estáis condenado tarde o temprano a seguir la suerte de toda vuestra especie, y como poner punto final a vuestra existencia será la señal de nuestra liberación, ¡cuán-

to deseo —a decir verdad— que seáis decapitado en este mismo instante! ¡Oh, cuánto anhelo volver a ver tierra llena de vida! El propio viejo barco añora divisar tierra una vez más a través de sus escobenes, y Jack Lewis asintió el otro día cuando el capitán criticó sus maniobras.

—Pues veré, capitán Vangs —refutó valientemente Jack—, soy tan buen timonel como el que más, pero ya ninguno de nosotros puede hacer maniobrar a esta «anciana». No podemos mantenerla bajo control, señor; nunca la he vigilado tanto, sin embargo, no responde a timón; luego, cuando la hago girar suavemente y trato de obligarla a trabajar, lo toma a mal y vuelve a salirse de rumbo; y todo porque sabe que hay tierra a babor, señor, y no quiere virar a estribor.

¿Sí? ¿Y por qué querría, Jack? ¿No crecieron en tierra cada uno de sus resistentes maderos, y no siente ella tanto como nosotros?

¡Pobre barco! Su propia apariencia refleja sus deseos; ¡en qué deplorables condiciones se encuentra! La pintura de sus costados, calcinada por el sol abrasador, está ampolada y quebrada. Vean las algas que arrastra y cuán desagradables son esos horribles crustáceos que ha agrupado en su popa; y cada vez que alza su proa, muestra sus chapas de cobre desgarradas o colgando en tiras cercenadas.

¡Pobre barco! repito; durante seis meses ha navegado y cabeceado sin descansar un instante. Pero ¡calor! señora mía, espero veros pronto a un minuto de alegre tierra, fondeada cómodamente en una verde caleta, protegida de los fuertes vientos.

—¡Viva, muchachos! Ya está resuelto: la semana entrante nos dirigimos a las Marquesas...

¡Las Marquesas! ¡Qué curiosas visiones de cosas extravagantes inspira el solo nombrarlas! Huríes desnudas... banquetes caníbales... innumerables cocoteros... arrecifes coralinos... jefes tatuados... templos de bambú; soleados valles plantados de árboles del pan... canoas talladas dan-

zando sobre las destellantes aguas azules... bosques silvestres cuidados por ídolos horripilantes... ritos paganos y sacrificios humanos.

Tales fueron los presentimientos extrañamente mezclados que me obsesionaron durante todo el trayecto desde que zarpamos. Sentía una irresistible curiosidad por ver esas islas, descritas tan arduosamente por los viajeros de antaño.

El grupo al que nos dirigíamos ahora (aunque estaba entre los primeros descubrimientos europeos en el Mar del Sur, visitado por primera vez en 1595) sigue estando habitado por seres tan extraños y salvajes como los de entonces. Los misioneros enviados en su sagrado errar habían navegado a lo largo de sus adorables costas y las habían abandonado a sus ídolos de madera y piedra. Interesantes son las circunstancias de su descubrimiento. En el rumbo de las naves de Mendaña, quien navegaba en busca de alguna región rica en oro, aparecieron estas islas como un lugar encantado, y por un momento el español pensó que su brillante sueño se había hecho realidad. En honor al marqués de Mendoza^[1], entonces virrey del Perú, —bajo cuyos auspicios zarpó el navegante— les confirió el nombre que denota el rango de su patrono y ofreció al mundo, a su regreso, un relato ambiguo y suntuoso de su belleza. Pero estas islas, imperturbadas durante años, volvieron a caer en su anterior oscuridad y sólo recientemente se ha conocido algo respecto de ellas. Cada cincuenta años, más o menos, algún explorador aventurero interrumpiría su pacífico reposo, y asombrado por el extraordinario paisaje se sentiría tentado a proclamar el mérito de un nuevo descubrimiento.

De este interesante grupo se ha hablado poco, excepto una ligera mención en los esbozos de los viajes por el Mar del Sur. Cook, en sus reiteradas circunnavegaciones del globo^[2], apenas rozó sus costas; y todo lo que sabemos de ellas proviene de algunas narraciones generales. Entre es-

tas, dos las mencionan con particularidad: el Diario de viaje de la fragata estadounidense «Essex» al Pacífico, durante la última guerra^[3] de Porter, según se dice, contiene algunos detalles interesantes sobre los habitantes de las islas. Sin embargo, nunca me he topado con esta obra; y Stewart, el capellán de la corbeta norteamericana «Vincennes^[4]», también dedicó a este mismo tema parte de su libro, titulado Una visita a los Mares del sur.

En los últimos años, algunos barcos ingleses y norteamericanos, enfrascados en la extensa captura de la ballena en el Pacífico, han entrado ocasionalmente, cuando escasean las provisiones, en el cómodo puerto que existe en una de las islas; pero el temor a los nativos, basado en el recuerdo de la horrible suerte que corrieron muchos blancos caídos en sus manos, ha desalentado a sus tripulaciones a mezclarse lo suficiente con la población para conocer bien sus peculiares costumbres.

Las Misiones Protestantes parecen haber perdido la esperanza de reclamarle estas islas al paganismo. El uso que han hecho de estas misiones los nativos ha intimidado hasta a los más osados. Ellis^[5], en sus *Polynesian Researches*, brinda algunos relatos interesantes sobre los abortados intentos de la misión de Tahiti^[6] por establecer una delegación en algunas islas de este grupo. Poco antes de mi visita a las Marquesas se produjo un curioso incidente relacionado con estos empeños, el cual no puedo dejar de mencionar.

Un intrépido misionero, resuelto ante el poco éxito de los empeños anteriores por conciliar a los salvajes, y confiando en la eficacia de la influencia femenina, introdujo entre ellos a su joven y bella esposa: la primera mujer blanca que visitara estas costas. Al principio los habitantes de las islas miraron con muda admiración un prodigio tan inusitado y parecían inclinados a considerarla una nueva divinidad. Pero poco después, al familiarizarse con su encanta-

dor aspecto y recelosos de los ropajes que cubrían sus formas, se lanzaron a rasgar el sagrado velo de calicó que la divinizaba y en gratitud a su curiosidad sobrepasaron los límites de las buenas costumbres hasta el punto de ofender el sentido del decoro de la dama. Una vez cerciorados de su sexo, su idolatría se convirtió en desprecio y no hubo fin a las afrentas proferidas contra ella por los salvajes, quienes se exaltaron por el engaño de que creían haber sido objetos. Para horror de su afectuoso esposo, la despojaron de su ropa y dieron a entender que ya no continuaría con sus ofensas impunemente. La dulce dama no fue lo suficiente angelical para soportar este desmán y, temerosa de otros improperios, obligó a su esposo a abandonar su empresa y juntos regresaron a Tahití.

Menos timidez por sus encantos mostró la Reina de la isla, la bella esposa de Mowanna, rey de Nukujiva^[7]. A unos dos o tres años de acaecidos estos sucesos, tuve la suerte de tocar estas islas mientras me encontraba a bordo de un buque de guerra^[8]. Entonces los franceses mantenían la posesión de las Marquesas por algún tiempo y ya se enorgullecían de los benéficos efectos traídos por su jurisdicción, como podía discernirse por la deportación de los nativos. ¡Claro! En uno de sus intentos por reformarlos masacraron alrededor de ciento cincuenta en Juitijú... pero eso es historia. En la época a que me refiero, la escuadra francesa visitaba la bahía de Nukujiva y durante una entrevista entre uno de sus capitanes y nuestro respetable Comodoro, el primero sugirió que nosotros, como buque insignia de la escuadra norteamericana, debíamos recibir personalmente una visita de la pareja real. El oficial francés también manifestó, con evidente satisfacción, que bajo sus instrucciones el rey y la reina habían adquirido los conocimientos adecuados sobre su elevada posición, y en todas las ceremonias se comportaban con la debida dignidad. En consecuencia, se hicieron los preparativos para recibir a bordo a sus majestades de forma correspondiente con su rango.

En una tarde clara, una canoa alegremente engalanada con gallardetes se vio partir desde una de las fragatas francesas y se dirigió directamente hacia nosotros. En la popa estaban reclinados Mowanna y su cónyuge. A medida que se acercaban les brindamos todos los honores que merecían los miembros de la realeza: maniobramos las vergas, disparamos un saludo y les dimos la bienvenida con algarbía.

Ascendieron por la escala de visita, recibieron el saludo del Comodoro, sombrero en mano y, al pasar por el alcázar, la guardia presentó armas a la vez que la banda entonaba «El rey de las Islas Caníbales». Hasta ahí todo iba bien. Los oficiales franceses reían y gesticulaban con excesiva alegría, maravillosamente complacidos por la discreta manera en que estos distinguidos personajes se comportaban.

Su apariencia indudablemente había sido calculada para producir un efecto. Su majestad el Rey llevaba un magnífico uniforme militar, cargado de cordones y tejidos dorados, mientras que su cabeza rapada estaba cubierta por una corona de cobre con plumaje de avestruz. Sin embargo, había un ligero defecto en su apariencia: una gran mancha tatuada se extendía por todo su rostro a la altura de los ojos, semejante a un gran par de gafas; y un rey en gafas inspira ideas grotescas... Pero fue en los atuendos de la bella figura de su trigueña esposa que los modistos de la flota evidenciaron la alegría del gusto nacional. Vestía un llamativo tejido de color escarlata, adornado con seda amarilla que, al descender por debajo de sus rodillas, exponía sus piernas desnudas, embellecidas con tatuajes en espiral, asemejándose un poco a dos minúsculas columnas de Trajano^[9]. Sobre la cabeza llevaba un gracioso turbante de terciopelo púrpura, adornado con espigas plateadas y coronado por un penacho de plumas diversas.

La tripulación de la nave, inclinada sobre el pasamano para poder apreciar mejor el panorama, atrajo pronto la atención de la reina. Sus ojos se clavaron en la figura de un

viejo lobo de mar, cuyos brazos, piernas y pecho descubiertos mostraban tantas inscripciones en tinta china como la tapa de un sarcófago egipcio. Haciendo caso omiso de todas las indicaciones y reprimendas disimuladas de los oficiales franceses, se acercó de inmediato al hombre, abrió más la pechera de su jersey, subió una pierna del ancho pantalón del marino y miró con admiración el pene azul-rosáceo que quedó así a la vista de todos. Se asió al individuo acariciándolo y expresando su deleite con una serie de salvajes gestos y exclamaciones. El desconcierto de los educados galos ante suceso tan inesperado puede imaginarse fácilmente, pero figúrense su consternación cuando de pronto la dama real, deseosa de mostrar los jeroglíficos que llevaba su dulce figura, se inclinó hacia delante por un momento y dando un medio giro, se alzó la saya y reveló una escena de la cual los horrorizados franceses se apartaron precipitadamente y lanzándose en sus botes, huyeron de tan catastrófica demostración.

CAPÍTULO DOS

*La antesala de las Marquesas —
Somnolencia a bordo — Visión del Mar del
Sur — ¡Tierra a la vista! — La escuadra
francesa fondeada en la bahía Nukujiva — Un
extraño piloto — Una escolta de canoas —
Una flotilla de cocos — Visitantes a nado —
El «Dolly» abordado por ellas — Lo que
siguió después.*

Nunca olvidaré los dieciocho o veinte días durante los cuales los ligeros vientos alisios nos empujaron suavemente hacia las islas. En busca de la ballena habíamos estado navegando por el Ecuador a unos veinte grados al oeste de las Galápagos; y toda nuestra faena, después de determinado nuestro derrotero, fue ajustar las vergas y mantenernos a favor del viento: el buen barco y la constante brisa harían el resto. El timonel nunca forzó a la «anciana» con maniobras extravagantes, sino que ajustó sus piernas cómodamente en la caña del timón y echó siestas de una hora de duración. Cumpliendo su labor, el «Dolly» no se salió de su rumbo y, como esos personajes que siempre trabajan mejor por sí solos, realizó su trayecto con ligereza como el experimentado navegante que era.

¡Qué delicioso período de lánguida ociosidad tuvimos mientras nos deslizamos con el viento! No había que hacer nada; circunstancia que coincidía perfectamente con nues-

tros deseos de trabajar. Abandonamos completamente nuestros camarotes y extendiendo un toldo sobre el castillo de proa, dormimos, comimos y holgazaneamos allí el santo día. Todos parecían estar narcotizados. Incluso los oficiales, cuyo deber les prohibía sentarse en sus guardias, casi no podían mantenerse en pie e invariablemente tenían que ceder, recostarse contra la borda y mirar absortos al mar. Era imposible leer; en cuanto se abría un libro, el sueño no se hacía esperar.

Aunque no podía evitar ceder a la generalizada languidez, en ocasiones lograba vencer el hechizo y admirar la belleza que tenía a mi alrededor. El cielo presentaba una vasta extensión del azul más nítido y delicado, excepto en el horizonte, donde se podía divisar un fino manto de nubes pálidas que nunca cambiaban de forma ni color. Las prolongadas y acompasadas ondulaciones del Pacífico llegaban a nosotros; su superficie quebrada por alguna pequeña ola que brillaba bajo el sol. De cuando en cuando un banco de peces voladores, asustados por la corriente de agua desplazada por la quilla, saltaban en el aire y caían un segundo después como una llovizna argentina sobre el mar. Entonces aparecía la soberbia albacora, con su piel destellante, saltando y a menudo describiendo un arco en su descenso, para desaparecer bajo la superficie. A lo lejos, podía observarse el altivo chorro de la ballena y más cerca, casi al alcance de la mano, el tiburón merodeador; ese villano de los mares navegaba junto a nosotros y, a una distancia prudencial, nos atisbaba con sus ojos diabólicos. En ocasiones, algún monstruo informe de las profundidades que flotaba en la superficie, cuando nos acercábamos, se hundía lentamente en las azules aguas y se perdía de vista. Pero el rasgo más impresionante de esta escena era el silencio casi imperturbable que reinaba entre cielo y mar. Escasamente se oía algún sonido, salvo la respiración ocasional de la orca y el murmullo del tajamar cortando el agua. A medida que nos acercábamos a tierra, saludé con agrado la

aparición de innumerables aves marinas. Chillando y volando en espiral, acompañaron al barco y a menudo se posaban en sus vergas y estays. Ese sujeto piratesco, apropiadamente llamado «halcón de los mares» con su rojo pico y negro plumaje, voló sobre nosotros en círculos cada vez menores hasta poderse distinguir ese extraño destello de sus ojos; y entonces, satisfecho con lo observado, alzó su vuelo y desapareció en el aire. Pronto aparecerían otras pruebas de nuestra proximidad a tierra y no tardaría mucho en oírse el alegre anuncio de que se divisaba, dado con esa peculiar prolongación del sonido que adora el marino:

—¡Tieeerraa!

El capitán, precipitándose a cubierta desde su camarote, pidió a gritos su catalejo; el piloto con voz más alta, preguntó al vigía:

—¿Hacia dóndee?

El cocinero negro sacó su encrespada cabeza por una claraboya y «Contramaestre», el perro, saltó entre las bitas y ladró fuertemente. ¡Tierra! Sí, ahí estaba. Una apenas perceptible e irregular línea azul indicaba el escarpado contorno de las elevadas alturas de Nukujiva.

Esta isla, generalmente una de las Marquesas, es considerada por algunos navegantes como parte de un grupo aparte que comprende las islas de Rujuka, Ropo y Nukujiva, las cuales recibieron el nombre de Islas Washington. Forman un triángulo entre los 8°38' y 9°32' latitud sur y los 139°20' y 140°10' longitud oeste de Greenwich. Con qué poca exactitud se consideran un grupo aparte, se apreciará de inmediato si se tiene en cuenta que están en la vecindad inmediata de otras islas, o sea, a menos de un grado al noroeste de ellas, que sus habitantes hablan el dialecto de las Marquesas y que sus leyes, religión y costumbres generales son idénticas. El único motivo por el cual fueron apartadas tan arbitrariamente puede atribuirse al singular hecho de que su existencia se desconocía completamente hasta

1791, año en que fueron descubiertas por el capitán Ingraham^[10] de Boston, Massachusetts, casi dos siglos después del descubrimiento de las islas colindantes por el enviado del virrey español. A pesar de esto, seguiré el ejemplo de la mayoría de los viajeros y las trataré como parte integrante de las Marquesas.

Nukujiva es la isla más importante de este grupo, pues es la única en la que los barcos suelen parar y se conoce como el lugar en que el intrépido capitán Porter aprovisionó sus naves^[11] durante la última guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, y desde ella saltó sobre la gran flotilla de balleneros que navegaba por esos mares bajo pabellón enemigo. Esta isla tiene unas veinte millas de largo y casi la misma cantidad de ancho. Posee tres buenos puertos en sus costas; el mayor y mejor de los cuales es llamado por los moradores «Taioji» y bautizado por el capitán Porter como Bahía Massachusetts. Las diversas tribus que habitan las costas de las demás bahías, y todos los viajeros, la conocen generalmente por el nombre otorgado a la propia isla: Nukujiva. Sus habitantes se corrompieron un poco, debido al reciente comercio con los europeos, pero en cuanto a sus costumbres peculiares y modo de vida general, han mantenido su carácter primitivo original, permaneciendo casi en el mismo estado natural que el observado por los primeros hombres blancos. Los clanes hostiles que residen en las zonas más remotas de la isla y que en muy escasas ocasiones se comunican con los extranjeros, han permanecido en todos los aspectos inalterables en su conocido comportamiento de antaño.

La bahía de Nukujiva era el fondeadero que deseábamos encontrar. Observamos la penumbra de las montañas al ocaso; y después de navegar toda la noche con una brisa muy ligera, nos encontramos muy cerca de la isla a la mañana siguiente, mas como la bahía que buscábamos estaba en la parte opuesta, nos vimos obligados a seguir bordeando la costa, admirando a medida que avanzábamos breves

imágenes de floridos valles, profundas cañadas, saltos de agua y ondulantes palmeras, ocultos por puntas y promontorios rocosos que en cada ocasión nos mostraban nuevos y sorprendentes paisajes de original belleza.

Los que navegan por primera vez a través del Mar del Sur por lo general se sorprenden cuando ven la isla desde el mar. De los vagos recuentos que en ocasiones nos llegan sobre su belleza, muchos se imaginan ampulosas y exaltadas planicies, matizadas por la sombra de deliciosas palmeras y provistas de las aguas de susurrantes arroyuelos, y todo el campo con pocas elevaciones con el océano en alrededor. La realidad es bien distinta: escarpadas costas rocosas, con sus elevados acantilados batidos por las olas, interrumpidas en ocasiones por profundas gargantas que presentan a la vista boscosos valles, separados por estribaciones revestidas por acolchados céspedes, que se deslizan hacia el mar desde un interior elevado y agreste; estos son los rasgos característicos de estas islas.

Hacia el mediodía estuvimos frente a la entrada del puerto y por fin bordeamos lentamente el promontorio intermedio y entramos en la bahía de Nukujiva. No hay palabras que hagan justicia a su belleza... pero mis ojos no pudieron apreciarla, sólo vi la bandera tricolor de Francia ondeando en el pabellón de seis naves, cuyos negros cascos y erizados costados proclamaban su belicosidad. Ahí estaban, flotando en esa adorable bahía; las verdes eminencias de la costa las miraban quedamente como rechazando la severidad de su porte. A mis ojos nada podía desentonar más que esos barcos; pero pronto conocí el motivo de su presencia. El grupo de islas había sido tomado por el contraalmirante Du Petit Thouars, en nombre de la invencible nación francesa^[12].

Recibimos esta información del más extraordinario individuo, un genuino vagabundo de los Mares del Sur, que llegó a nuestro barco en un bote ballenero en cuanto entramos a la bahía y, con la ayuda de algunos hombres benévo-